

A penas cierras los ojos, la aventura del sueño comienza. A la penumbra conocida de la buhardilla, volumen oscuro cortado por detalles, donde tu memoria identifica sin esfuerzo los caminos que has recorrido mil veces, trazándolos de nuevo a partir del cuadrado opaco de la ventana, resucitando el lavabo a partir de un reflejo, la estantería a partir de la sombra un poco más clara de un libro, precisando la masa más negra de la ropa colgada, sucede, tras un cierto tiempo, un espacio bidimensional, como un cuadro sin límites ciertos que formara un ángulo muy pequeño con el plano de tus ojos, como si reposase, no del todo perpendicularmente, sobre el puente de tu nariz, cuadro que, en principio, puede parecerte uniformemente gris, o más bien neutro, sin colores ni formas, pero que, rápidamente

sin duda, resulta poseer al menos dos propiedades: la primera es que se oscurece más o menos según cierres con mayor o menor fuerza los párpados como si, más precisamente aún, la contracción que ejerces sobre el trazo de tus cejas cuando cierras los ojos tuviera el efecto de modificar la inclinación del plano en relación con tu cuerpo, como si el trazo de tus cejas formase el eje y, por consiguiente, a pesar de que esta consecuencia no parezca demostrable sino por la evidencia, el de modificar la densidad o la calidad de la oscuridad que percibes; la segunda es que la superficie de este espacio no es regular en absoluto, o más precisamente, que la distribución, el reparto de la oscuridad no se realiza de manera homogénea: la zona superior es manifiestamente más oscura, la zona inferior, que te parece la más cercana aunque ya, evidentemente, las nociones de cerca y lejos, alto y bajo, delante y detrás, han dejado de ser del todo precisas, es mucho más gris, es decir, no mucho más neutra como crees al principio, sino mucho más blanca, y por otro lado contiene, o soporta, una, dos o más tipos de bolsas, de cápsulas, un poco la idea que te haces de una glándula lacrimal, por ejemplo, de bordes finos y ciliados, y en cuyo interior tiemblan, se agitan, se retuercen relámpagos muy muy blancos, a veces muy delgados, como estrías muy finas, a veces mucho más gruesos, casi gordos, como gusanos. Estos relámpagos, aunque relámpagos sea un término del todo inapropiado, poseen la curiosa virtud de no poder ser observados.

En el momento en que fijas demasiado tu atención sobre ellos, y es casi imposible no hacerlo pues acaban danzando ante ti y todo el resto es casi inexistente, en realidad, no hay nada mucho más perceptible que el eje de tus cejas y este espacio tan vago de dos dimensiones más o menos perceptible donde la oscuridad se extiende irregularmente, pero desde el momento en que los miras, aunque esta palabra no quiera ya decir nada, claro, desde el momento en que buscas, por ejemplo, asegurarte, por poco que sea, acerca de su forma, o de su sustancia, o de un detalle, puedes estar seguro de encontrarte, con los ojos abiertos, ante la ventana, ese rectángulo opaco que se ha vuelto cuadrado, aunque esta o estas bolsas no se le parezcan en nada. Pero reaparecen, y con ellas el espacio más o menos inclinado que se articula sobre tus cejas, un poco después de haber vuelto a cerrar los ojos y, aparentemente, no han cambiado desde la otra vez. No puedes, sin embargo, estar totalmente seguro de este último punto porque, tras un tiempo difícilmente apreciable, y aunque nada te permita todavía afirmar que hayan desaparecido verdaderamente, puedes constatar que han palidecido de modo considerable. Ahora te las tienes que ver con una especie de grisalla de rayas, que sigue perteneciendo a este mismo espacio que prolonga más o menos tus cejas, pero, se podría decir, deformado hasta el punto de aparecer constantemente desviado hacia la izquierda; puedes mirarlo, explorarlo, sin trastocar el conjunto,

sin suscitar un despertar inmediato, pero esto carece totalmente de interés. A tu derecha es donde pasa algo, en esta ocasión una tabla, más o menos detrás, más o menos debajo, más o menos a la derecha. La tabla obviamente no se ve. Solamente sabes que es dura, aunque no estés arriba ya que, justamente, te encuentras sobre algo muy blando que es tu propio cuerpo. Entonces se produce un fenómeno a todas luces sorprendente: en un principio hay tres espacios que nada te permitiría confundir, tu cuerpo-cama que es blando, horizontal y blanco, después el trazo de tus cejas que controla un espacio gris, mediocre, sesgado, y la tabla, finalmente, que permanece inmóvil y es muy dura por encima, paralela a ti, y quizás accesible. Está claro, en efecto, incluso aunque eso sea lo único que esté claro, que si trepas a la tabla, duermes; que la tabla, es el sueño. El principio de la operación no puede ser más simple, a pesar de que todo apunte a que te hará falta mucho tiempo: habrá que reducir la cama, el cuerpo, hasta que no sean más que un punto, una canica, o bien, lo que es igual, habrá que reducir toda la flaccidez del cuerpo, concentrarla en un único lugar, por ejemplo en algo como una vértebra lumbar. Pero el cuerpo, en ese instante, ya no presenta en absoluto la bella unidad de hace un instante; de hecho, se despliega en todos los sentidos. Tratas de llevar hacia el centro un dedo del pie o el pulgar, o el muslo, pero entonces, cada vez, olvidas una regla: que no hay que perder nunca de vista la dureza de la tabla, que

había que proceder con astucia, guiar al cuerpo sin que presagie nada, sin que tú mismo lo sepas con certeza, pero es demasiado tarde, cada vez desde hace mucho tiempo, ya demasiado tarde y, curiosa consecuencia, el trazo de tus cejas se parte en dos y en el centro, entre los dos ojos, como si el eje hubiese sujetado todo el conjunto y toda la fuerza de ese eje confluyera en ese punto, aparece de repente un dolor preciso, indudablemente consciente, y que reconoces enseguida como el más banal de los dolores de cabeza.



Estás sentado, a pecho descubierto, vestido tan sólo con un pantalón de pijama, en tu buhardilla, sobre el banco estrecho que te sirve de cama, con un libro, las *Lecciones sobre la sociedad industrial* de Raymond Aron, posado sobre las rodillas, abierto por la página ciento doce.

Al principio es sólo una especie de lasitud, de fatiga, como si percibieras repentinamente que desde hace mucho, varias horas, eres presa de un malestar insidioso, entumecedor, apenas doloroso y sin embargo insoportable, la impresión dulzona y sofocante de no tener músculos ni huesos, de ser un saco de yeso entre sacos de yeso.

El sol golpea sobre las láminas de zinc del tejado. Frente a ti, a la altura de los ojos, sobre una estantería

de madera blanca, hay un bol de Nescafé medio vacío, un poco sucio, un paquete de azúcar a medio terminar, un cigarrillo que se consume en un cenicero publicitario de opalina falsa y blanquecina.

Alguien va y viene en la habitación contigua, tose, arrastra los pies, desplaza muebles, abre cajones. Una gota de agua sale continuamente del grifo de la toma de agua del descansillo. Los ruidos de la rue Saint-Honoré suben desde muy abajo.

Suenan las dos en el campanario de Saint-Roch. Abres los ojos, dejas de leer, aunque ya no leías desde hace mucho. Dejas el libro abierto a tu lado, sobre el banco. Extiendes la mano, aplastas el cigarrillo humeante del cenicero, rematas el bol de Nescafé: está apenas tibio, demasiado azucarado, un poco amargo.

Estás empapado de sudor. Te levantas, vas hacia la ventana y la cierras. Abres el grifo del minúsculo lavabo, te pasas una manopla húmeda por la frente, por la nuca, por los hombros. Con los brazos y piernas encogidos, te acuestas de lado sobre el banco estrecho. Cierras los ojos. Te pesa la cabeza, tienes las piernas entumecidas.

Más tarde, llega el día de tu examen y no te levantas. No es un gesto premeditado, ni siquiera es un gesto, sino una ausencia de gesto, un gesto que no haces, gestos que evitas hacer. Te has acostado pronto, has dormido plácidamente, le habías dado cuerda a tu



despertador, lo has oído sonar, esperaste a que sonara, durante varios minutos al menos, ya despierto por el calor, o por la luz, o por el ruido de los lecheros, de los basureros o por la espera.

Tu despertador suena, no te mueves en absoluto, te quedas en la cama, vuelves a cerrar los ojos. Otros despertadores comienzan a sonar en las habitaciones contiguas. Oyes ruidos del desagüe, puertas cerrándose, pasos que se precipitan por las escaleras. La rue Saint-Honoré comienza a llenarse de ruidos de coches, crujidos de neumáticos, cambios de marchas, breves bocinazos. Los postigos se cierran de golpe, los tenderos abren sus persianas metálicas.

Tú no te mueves. No te moverás. Otro, un sosias, un doble fantasmagórico y meticuloso hace, quizás, en tu lugar, uno a uno, los gestos que tú ya no haces: se levanta, se lava, se afeita, se viste, se va. Tú le dejas ir saltando por las escaleras, correr por la calle, pescar el autobús al vuelo, llegar a la hora convenida, sin aliento, triunfante, a las puertas del aula. Certificado de estudios superiores de Sociología General. Primera prueba escrita.

Te levantas demasiado tarde. Allí, cabezas estudiosas o aburridas se inclinan pensativas sobre los pupitres. Las miradas quizá inquietas de tus amigos convergen en tu puesto que queda libre. No dirás en cuatro, ocho o doce folios lo que sabes, lo que piensas, lo que sabes que hay que pensar sobre la alienación, sobre los

obreros, sobre la modernidad y sobre el ocio, sobre los oficinistas o sobre la automatización, sobre el conocimiento de los demás, sobre Marx rival de Tocqueville, sobre Weber enemigo de Lukács. De todas formas, no habrías dicho nada porque no sabes gran cosa y no piensas nada. Tu puesto permanece vacío. No acabarás tu licenciatura, no empezarás ningún posgrado. No estudiarás más.

Preparas, como cada día, un bol de Nescafé; le añades, como cada día, algunas gotas de leche condensada azucarada. No te lavas, apenas te vistes. En un barreño de plástico rosa, pones en remojo tres pares de calcetines.

No vas a la salida del aula de examen a informarte sobre los temas que han puesto a prueba la perspicacia de los candidatos. No vas a la cafetería donde la costumbre habría querido que fueses, como cada día, particularmente en este día de excepcional gravedad, a encontrarte con tus amigos. Uno de ellos, a la mañana siguiente, va a subir los seis pisos que conducen a tu cuarto. Reconocerás sus pasos en la escalera. Le dejarás llamar a tu puerta, esperar, volver a llamar, un poco más fuerte, buscar encima del dintel la llave que a menudo dejabas cuando te ausentabas unos minutos para bajar a buscar pan, café, cigarrillos o el periódico o el correo, seguir esperando, golpear débilmente, llamarte en voz baja, dudar, y volver a bajar, pesadamente.